
CAPITULO XXXVIII.

CERCO DE LA CIUDAD DE MÉXICO Y RUINA DEL IMPERIO
MEXICANO. AÑO DE 1521.

Dejamos al valeroso Hernan Cortés ocupado en sus prevenciones para formar el cerco de la gran ciudad de Tenoxtitlan, y siguiendo el orden de los tiempos cabe el que brevemente demos noticia de este importante esfuerzo militar, por cuyo medio tan acertado como difficilísimo, vino á desplomarse el imperio mexicano, y dió lugar á la predicacion evangélica en estas vastísimas regiones. Luego que Hernan Cortés llegó á Texcoco con todo su ejército, fué muy bien recibido en aquella ciudad al principio de su entrada; pero desde las azoteas de su alojamiento empezó á descubrir que los naturales desamparaban la ciudad, llevando su ropa y sus mujeres y hijos en canoas y por tierra á las sierras, y que esto se hacia con demasiada priesa.

Cortés, que averiguó el motivo de esta desercion, advirtió darles por señor, con general aclamacion, un hijo de Netzahualpitzintle, pues su actual Rey se habia pasado con los enemigos. Los que se habian ido á los montes volvieron, y se pobló la ciudad de Tezcuco, esmerándose sus ciudadanos en tratar bien á Cortés y á toda su gente. Varios Caciques se vinieron á ofrecer á Cortés con gran sentimiento de los mexicanos, quienes, con gran cuidado, le habian enviado embajadores para cerciorarse del estado de nuestro ejército é impedir que los reyezuelos de los contornos de la laguna incorporasen sus fuerzas con las de los cristianos. Cortés, que comprendió sus planes, disimulaba todo, y con ellos envió á ofrecer la paz á Cuauhtimotzin, hijo de Ahuitzol, hermano de Moctezuma, el cual, por la muerte de Cuauhtlahuac, le habia sucedido en el imperio. Era este Guatemoc ó Cuauhtimotzin, mozo de veinte y tres á veinte y cuatro años, muy estimado por su gran valor y entendimiento, quien animaba notablemente á la nobleza á la guerra y defensa de la ciudad. Entretanto daba el insigne caudillo Hernan Cortés las mejores providencias para dirigir con acierto la conquista de la gran ciudad de México, algunos descontentos procuraron, por medio de Antonio de Villafaña, levantarse y elegir, en lugar de Cortés, á Fran-

cisco Verdugo, capitán de valor y mérito, y cuñado de Diego Velázquez, sin que fuese sabedor de esta conjuración. Los sediciosos, que eran como unos trescientos, ya estaban á punto de ejecutar su traición, debiendo uno de los cómplices dar de puñaladas á Cortés cierto día señalado; pero el mismo cómplice descubrió toda la conjuración, diciendo á Cortés que el autor de ella era Villafaña, y le pidió la vida en recompensa de su arrepentimiento. Así lo hizo Cortés: mandó prender á Villafaña, quien confesó su culpa; y se supo, apretándole la garganta, porque se iba á tragar un papel en que estaban escritos los nombres de los conjurados, por un pedazo de ese papel que le hicieron arrojar, que estaban complicados en la dicha conjuración catorce individuos de suposición. Cortés, con gran prudencia, les perdonó, y con el castigo de Villafaña, á quien mandó ahorcar, procuró sosegar á los cabos de su ejército, manifestándoles que debían considerar que un caudillo no podía dar gusto á todos; que si en algunas cosas erraba, contra su intención, que se lo advirtiesen y nó dejaria de darles satisfaccion, pues su ánimo era perfeccionar la conquista de aquel grande imperio, que habian descubierto, con la toma de su capital, en la que adquiririan eterna gloria y la posesion de sus grandes riquezas.

Quedaron contentos los principales conjurados, y mientras se proveía á la fábrica de los bergantines fué el prudente Cortés ganando las ciudades y pueblos que están en los contornos de México. En este medio tiempo que Cortés se fortificaba en Tezcuco y sujetaba distintos pueblos y naciones que se le oponian á sus designios, tuvo aviso cómo habia llegado á la Veracruz un navío con cuarenta soldados y ocho caballos, con algunas ballestas, escopetas y pólvora, y que ya se habian acabado los bergantines. Al instante dió sus órdenes á Gonzalo de Sandoval para que los trajese con una escolta competente á fin de que llegasen con seguridad. Martín López, que habia corrido con la construcción de los bergantines, quiso ántes de remitirlos probar si navegaban bien. Hizo que una multitud de indios formasen una gran presa en el río de Zahual, que pasa por Tlaxcala, y tuvo el gusto de ver que navegaban muy bien. Pareciéndole que no convenia detenerse más tiempo, los mandó desarmar y cargar en hombros de infinitos tamemes, yendo de dos en dos como ocho mil indios de éstos que llevaban la tablazon y aparejos de los bergantines, y de acompañamiento ochenta mil indios de guerra que dió la señoría de Tlaxcala. Gonzalo de Sandoval, que habia castigado algunos pueblos del camino por las crueldades que habian hecho con

algunos castellanos que pasaron por aquellas tierras, se unió con su tropa á la gente tlaxcalteca, y en muy buen orden llegaron desarmados los bergantines á Tezcucó. Salió Cortés á recibirlos: dió gracias y granjeó mucho á los indios amigos de la señoría de Tlaxcala, y proveyó, sin pérdida de tiempo, para que se trabajase en armar los bergantines. Con admirable industria, despues de armados, se botaron á la agua de la laguna de Tezcucó, formando un deslizadero con picas y barras, abriendo zanjas de trechos en trechos por el terreno de média legua que habia de distancia hasta la laguna, y manejando presas de comunicacion de unas con otras, y con tal arte, que dada la señal y soltada la última presa, fueron saliendo los bergantines por el deslizadero, sin tocar uno con otro, y apartándose unos de otros en la laguna. Fué grande la alegría de los indios amigos y de todo nuestro ejército por haber salido tan dichosamente de una empresa tan ardua y tan importante para el logro de los altos fines de Hernán Cortés. Tuvo aviso al mismo tiempo este gran general que habian llegado á la Vera-Cruz cuatro navios de Santo Domingo con doscientos castellanos, ochenta caballos, armas y gran copia de municiones de guerra: dió orden para que viniere este gran socorro cuanto ántes á Tezcucó, con el que acrecentó sus fuerzas.

Cortés, para dar gusto á los tlaxcaltecas, quienes manifestaban algun desabrimiento porque no los dejaban pelear tan presto como quisieran con los mexicanos, fué á acometer varias poblaciones de culúas, situadas á la vuelta del Norte de la laguna, y á las cuatro leguas de marcha encontró un grande escuadron de enemigos, los que mandó combatir con los caballos y sus tlaxcaltecas, y en breve tiempo quedó desordenado. Siguieron los tlaxcaltecas el alcance, matando á muchos y llevándose grandes despojos de pluma, joyas y ropas de algodón. Despues de esta accion, marchó el ejército, sin hallar resistencia hasta Tenayuca, que dista dos leguas de México, hasta donde entónces llegaba la laguna. Pasó á Etcaputzalco, y de allí á Tacuba, que halló bien fuerte por la disposicion de las acequias, que eran más profundas que las de otros pueblos vecinos de la laguna. Los de Tlaxcala saquearon á Tacuba, y prosiguió Cortés su camino, conquistando varios pueblos importantes, y entre otros ganó á Xochimilco: peleó con trozos grandes de mexicanos, siempre con ventaja, hasta llegar á Cuyoacan, el cual dista dos leguas de Xochimilco. Allí reconoció el modo que habia de tomar para sitiar á México con acierto. Entró en la calzada, ganando á los que la guardaban una trinchera: observó que corriendo la laguna legua y média, iba á

dar á la ciudad. Considerando el sitio y disposicion de ella, recogió su gente para dar vuelta por la ciudad de Tacuba, á fin de reconocer dónde podria colocar sus escuadrones para cercar ventajosamente á México. En estas marchas y observaciones los españoles tenian cada dia varios choques con los enemigos, en que mostraban los capitanes su valor y conducta. Los tlaxcaltecas peleaban con empeño, y al fin llegó Cortés á Cuauhtitlan, con la gente bien cansada, sin haberse querido detener en Tacuba, y volvió á juntarse con todo el grueso de su ejército en Tezcucoc, que halló poderoso y en la mejor disposicion por las victorias que habian alcanzado en estas primeras expediciones. Pensando ya Cortés que era tiempo de comenzar el cerco de México, hizo alarde de su ejército: halló (*), con todos los socorros, novecientos infantes españoles, ochenta y seis caballos, tres tiros gruesos, quince pequeños, diez quintales de pólvora, y entre la infantería ciento diez y ocho ballesteros y escopeteros. Acabó de guarnecer sus trece bergantines, poniendo en cada uno una pieza de artillería: iban de convoy seis mil canoas y doscientos mil indios

(*) Herrera, Década III, lib. 2, tomo segundo, folio 17, et seq. mihi. Gomara, 15 y 23. Noticias sacras de Juan Diez de la Calle, párrafo primero, noticias de México. Padre Murillo, Geografía histórica, lib. IX, cap. 11, folio 68, Nueva-España y México.

auxiliares de Tlaxcala, Huecotingo, Cholula y Chalco. Dividió Cortés el ejército en tres cuerpos considerables, con los que ocupó las tres calzadas principales. Señaló para la de Tacuba á Pedro de Alvarado; en la de Cuyoacan á Cristóbal de Olid, y en la de Iztapalapa á Gonzalo de Sandoval; y el mismo Cortés reservó para sí trescientos soldados escogidos, con los que se embarcó en los bergantines para entrar por la laguna y dirigir mejor sus operaciones. Salieron de Tezcucoc á veinte y dos de Mayo de mil quinientos veinte y uno; y cuando se iba á comenzar el cerco de México, sucedió un disturbio entre los castellanos y un pariente de Xicotencatl. Salió descalabrado este indio principal, y se procuró apaciguar esta alteracion, porque en tal ocasion hubiera podido traer consecuencias muy funestas. Tocóle á Xicotencatl ir de capitán de sesenta mil tlaxcaltecas con el destacamento de Alvarado; y como siempre se habia manifestado poco afecto á los españoles, y por bastantes sospechas de su poca fidelidad le mandó ahorcar Cortés, y es muy verosímil que así lo hiciese en el acontecimiento de la República de Tlaxcala. Comenzó este célebre cerco de México por tierra, y por las aguas de la laguna con los bergantines, combatiendo y pegando fuego á la ciudad de Iztapalapa. Llegó Cortés á la vista de un peñol muy fuerte y de su-

bida agria, cerca de Iztapalapa. Saltó en tierra con ciento y cincuenta soldados, á quienes animó con su ejemplo y les patentizó cuánto importaba no pasar adelante sin hacerse dueño de aquel punto tan ventajoso. Combatió al frente de sus soldados, y allanadas todas las dificultades, lo ganó, dejando muy atemorizados á los enemigos, que creían que aquel cerro era inexpugnable; pero aun más los consternó la completa victoria que consiguió Cortés con sus bergantines, desbaratando y atropellando muchas canoas, de las que echó varias á pique: mató y aprisionó muchos mexicanos principales; infinitos ménos principales se ahogaron, y con el favor del viento siguió el alcance con sus bergantines más de tres leguas, hasta encerrarlos en México, quedando señor de la laguna. Continuó la guerra por muchos dias con increíble porfia de ambas partes; más que valor parecia rabia y ferocidad la de los mexicanos contra los españoles: tenían éstos que sufrir, sin dar la menor tregua al descanso, el acometimiento incesante y sangriento de innumerables enemigos que por agua y por tierra siempre se mostraban infatigables y vigilantes. Tenían que vencer los españoles innumerables canoas que asediaban sin cesar á la gente que iba por las calzadas y á los bergantines; y en tierra había que vencer zanjás, fosos, torres, azoteas, preca-

verse de varias celadas, y destruir otras muchas fortalezas y defensas que habían hecho. Aunque se dieron en este cerco, que duró tres meses, más de sesenta batallas peligrosísimas, en que murieron más de cien mil mexicanos, y entre ellos muchos nobles, la fortuna, por no desairar su valor, se les mostró algunas veces favorable; y tanto, que se vió Cortés dos veces en gran peligro de ser preso por los mexicanos, quienes tuvieron la gloria de hacer retirar, en una y otra ocasion, á los españoles con pérdida en estos encuentros de cincuenta castellanos valerosos, y fueron algunos de ellos sacrificados vivos á sus dioses, cuyos triunfos celebraban con músicas, danzas y gritaría. Pero la intrepidez incansable con que no solo los españoles sino los indios amigos de Tlaxcala, Tezcucó y otros pueblos peleaban, y aun varias mujeres españolas, como verdaderas amazonas, fué domando la extraña furia de los contrarios, quienes, consternados con tanta sangre como se derramaba de sus gentes y por tantos cadáveres como tenían á la vista, que ya perecían de hambre y de peste en la ciudad, oponían cada dia menor resistencia. Contenían los españoles el rencor de los tlaxcaltecas, que no desperdiciaban ocasion de hacer una cruel matanza en los mexicanos. Cortés les proponía la paz con condiciones bastante ventajosas; pero no queriendo ni aun en

estas angustias y reducidos al último extremo, rendirse, se hizo una entrada general por las calzadas y por la laguna. En este ataque general, españoles y mexicanos echaron el último resto del valor; y rompiendo los bergantines por medio de la flota de canoas, la desbarató con tanto acierto, que intentando la fuga Cuauhtemotzin, Rey de México en una canoa de mayor tamaño que las demás, por la laguna, le prendió García de Holguin, y también á Guacotzin, señor de Tacuba, y otros nobles; y llevados ante Cortés, puso Cuauhtemotzin la mano en el puñal de éste, diciéndole con entereza que le matase, pues moria consolado á manos de tan insigne capitán. Cortés le consoló, manifestándole que siendo tan vária la fortuna, en este lance se le habia mostrado adversa; pero que más le queria vivo que muerto, añadiendo que no le tendria en ménos que si fuese vencedor, y que mandase á los suyos que se rindiesen para evitar tanto derramamiento de sangre. Cuauhtemotzin lo hizo, y al punto obedecieron más de treinta mil hombres, con lo cual acabó la guerra y el grande imperio mexicano; y con mucha más seguridad cuando Cortés, en el viaje á Honduras ó á las Ibueras, mandó ahorcar á Cuauhtemotzin por la traicion que tramaba. Seria muy prolijo referir todas las circunstancias de cerco tan prolongado y felici-

simo para nuestras armas, remitiéndome á lo que las historias, en particular la del diligente Herrera, refieren con tanta extension.

Ganó Cortés la gran ciudad de Tenochtitlan ó México, que es la más principal y cabeza de su imperio, mártres trece de Agosto de mil quinientos veinte y uno, día en que celebra nuestra madre la Iglesia la festividad del glorioso San Hipólito mártir, en cuya memoria se hace en México cada año en tal día una solemne fiesta, y se lleva en procesion el pendon del ejército, dando á Dios gracias por esta victoria. Si la guadaña de la muerte no hubiera cortado el hilo de la vida del insigne caballero Boturini (*) cuando premeditaba escribir con tan exquisitos monumentos indicos la Historia General de la Nueva-España, supiéramos con claridad si el estandarte que se lleva en el paseo del pendon anualmente en la imperial corte de México, es el mismo con que entró victorioso en dicha ciudad, pues se reservaba dar los fundamentos indisputables de ser dicho estandarte el solo original que hoy día subsiste. El que yo ví en la biblioteca de la real universidad de México, donde se guardan los preciosos monumentos de dicho caballero Boturini, es el mismo que dice ser el estandarte original (de damasco colorado)

(*) Boturini, Historia, en el catálogo de Museo Indiano, Mapas, párrafo XXI, folio 75, mihi.

que el invicto Cortés dió al Capitan general de los tlaxcaltecas en la segunda expedicion que se hizo contra el Emperador Moctezuma. Está en el dia adornado con un marco dorado: en la primera faz de dicho estandarte se ve pintada una hermosísima efigie de María Santísima, coronada con corona de oro, y que tiene las manos juntas como que ruega á su Hijo Santísimo proteja y esfuerce á los españoles para que subyuguen el imperio gentílico á la fe católica, y no deja de asemejarse en algunas cosas á la que despues se apareció de Guadalupe. En la segunda faz, ó reverso, que, segun la disposicion del cuadro dorado, mira á la pared donde está colocado en dicha sala de la Universidad, se ven pintadas asimismo las armas reales de Castilla y de Leon.

Obró el Señor en toda esta conquista algunos milagros en favor de los cristianos, queriendo su Divina Majestad tuviese fin la idolatria y los abominables sacrificios de los mexicanos, y como en su lugar tengo referido, afirmaban los indios haber visto la proteccion portentosa del Apóstol Santiago, patron de las Españas, que ayudaba á los españoles, y tambien á la Reina de los ángeles, que les echaba tierra en los ojos. Así lo trae el cronista Herrera (*), y dice igualmente que habia puesto

(*) Herrera, Década 2, lib. 10, cap. 9, citada por Enrico Martinez, Repertorio de los tiempos de Nueva-España, tratado 2, página 151, mihi.

Cortés en el altar del templo mayor de México una imágen de nuestra Señora, y queriendo los sacerdotes de los indios quitarla, se les pegaban las manos y no las podian desasir por gran rato, y á otros se les entumian los brazos y piernas y caían por las gradas abajo descalabrados. Quien quisiese reflejar en todas las circunstancias de esta admirable conquista, no podrá negar que sin el favor del cielo hubiera sido imposible que aquel insigne capitan Hernan Cortés, de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia, aun suponiéndolo dotado de todos los talentos más cumplidos del capitan más instruido en el arte mllitar, pudiese vencer con tan poca gente tantas dificultades, y sujetar tantos millares de hombres como entónces tenia el imperio mexicano. Los mexicanos lograban superiores ventajas de parte de la laguna, de las calzadas, de las casas y azoteas. Las ventajas del ejército español tambien eran grandes, si se atiende á la calidad de las armas, de las espadas, arcabuces y artilleria, y sobre todo de los caballos, de los que huían más los indios que de un escuadron fuerte de soldados. No fueron ménos importantes los perros de presa y lebreles que con rabia despedazaban á los indios. Estos peleaban de tropel, y sus capitanes más se ocupaban en trazar ardidés que en ordenar sus tropas. No guardaban disciplina, sino

que acometian con furor fiados únicamente en el número inmenso de sus pelotones. Al contrario nuestro ejército, aunque pequeño, tenía la dicha de tener por capitanes unos héroes que podian ser tenidos en tanta estima como los muy afamados que hubo en el mundo. Raro fué el soldado español que no hiciese alguna acción señalada en esta guerra; pero los que más se distinguieron entre todos, (á más de Hernan Cortés, cuyo valor y prudencia militar ensalzan hasta las nubes, y con razón, no solo los españoles sino aun los extranjeros juiciosos, hombre sin segundo, dado del cielo para una de las más heroicas conquistas que ha visto el mundo), fueron Cristóbal de Olid, maestre de campo, que era un Héctor en el esfuerzo para combatir persona por persona, mas habia de ser mandado Pedro de Alvarado, que además de ser esforzado tenia gracia en su persona, y mucho acierto para hacer gente de guerra, y Gonzalo de Sandoval valerosísimo capitan, y de gran consejo. Estos tres capitanes mandaron los dos trozos del ejército en las calzadas y coadyuvaron maravillosamente al empeño del capitan general Cortés. De una y otra parte hubo respectivamente sus ventajas, con que se equilibró el poder y el cielo se declaró favorable á nuestras armas, pues era decretada la introduccion de la luz del Evangelio en los corazones de tantos gen-

tiles que vivian en las funestas sombras de la supersticion y idolatría. El primer cuidado de Cortés fué dar gracias á Dios purificando la ciudad con grandes fuegos, para corregir la pestilencia de los cadáveres que tenían enterrados en grandísimos montones en sus casas, cuya hediondez inficionaba tanto el aire, que fué menester desampararla por algun tiempo. Se celebraron grandes y devotas fiestas engrandeciendo las misericordias de Dios que les habia dado victoria tan señalada, y con justísima razón, pues esta conquista ha sido una de las más plausibles y extraordinarias de todo el mundo, y pocas veces se ha visto en el otro hemisferio sitio en que se haya peleado con más porfía, ni se haya derramado más sangre, y se puede igualar á los sitios tan mentados de Tiro, Babilonia, Siracusa, Jerusalem y Numancia.

En el saqueo de la ciudad tomaron los castellanos el oro y plata y plumería que era muchísima. El despojo de joyas y ropa fué riquísimo: se apreció todo el despojo en ciento treinta mil pesos de oro, y sacando veinte y seis mil del quinto del Rey, se repartió lo demás entre los soldados españoles y los indios de guerra amigos. Como los castellanos habian visto los grandes tesoros que tenía Moctezuma, hicieron grande diligencia por hallarlos en el saqueo de la ciudad; y como no se hallaba nada se vió precisado Her-

nan Cortés para contener la murmuracion de su ejército, que amenazaba alguna alteracion perniciosas, que se exponia á perder en un instante lo ganado, de dar tormento á Quauctimotzin y á otro caballero que murió en él sin confesar nada, ó porque no lo sabia, ó porque usaban los indios guardar constantísimamente el secreto que les confiaban: mandó quitar en fin Hernan Cortés al desdichado Quauctimotzin del tormento, teniendo por cosa inhumana y fea tratar de este modo á un Rey desgraciado. Se discurre que Quauctimotzin echó al agua el tesoro de Moctezuma, y aunque se buscó con grandísimo cuidado por muchas partes de la laguna, nunca se halló. Algunos de los más principales mexicanos que estaban presos, dieron noticia de sepulturas, adonde se halló un poco de oro que se llevó para repartirlo al ejército. Fuera de esto se cogió ropa finísima y muchas armas, perlas y otras cosas. Así tuvo fin la monarquía mexicana; y parece no será fuera de propósito tratar brevemente del origen de los indios que fundaron esta gran ciudad de Tenxtilan México, de la poblacion en general del imperio mexicano, de sus Reyes, de la religion y gobierno que tenian, á fin de terminar este Aparato con la conexion precisa que tiene esta destruccion del imperio mexicano con el descubrimiento del reino Mechoacan, que se hizo el

año siguiente de mil quinientos veinte y dos, y fué el teatro de los afanes apostólicos de los primeros padres de esta santa Provincia de los apóstoles San Pedro y San Pablo de Mechoacan, y tambien para que se satisfaga en alguna manera la curiosidad de los lectores, quienes en breves cláusulas hallarán lo que han escrito muchos autores regnicolas, y aun con sobrada difusion.